

mos cita don Trini Martínez, Ezequiel Salazar, "El Viejito" y yo, de la raza azteca y dos extranjeros: "El Schok" y "Michinane". ¿Sus nombres? ¡Vaya usted a saber! "El Schok" era un alemán grandote y fuerte, con el clásico cuello de toro de los teutones, que al dar jaque, gruñía un ¡Schok! duro, cortante, que no solo desconcertaba a sus contrarios, sino que hacía bailar todas las piezas sobre el tablero. Así de enérgico era aquel ¡ssschok! de "El Schok".

El otro extranjero, cuya nacionalidad desconocíamos, era menos grande, menos fuerte, sin cuello de toro, y lo que sobraba de energía al primero, le faltaba al segundo, cuando se lamentaba tristemente por la pérdida de alguna pieza o peón. Entonces con acento lastimero, patético, gemía: ¡Mi chinane! o tal vez ¡Michinane!, por lo que para nosotros no tenía nombre; era "Michinane" y nada más.

Los dos eran jugadores de cuidado. A "Michinane" le ganábamos varios; al "Schok" le ganaba, y no siempre, sólo "El Viejito", otro personaje asiduo a la peluquería a quien también llamábamos "Victor Hugo" por sus bellas y blancas barbas. Era un auténtico doble de esos retratos que conocemos del gran novelista francés. "El Viejito" (parece que se llamaba Jesús Mares) era capaz de jugar una partida sobre un mantel de cuadros, con saleros por piezas, y más cuando se empujaba unos "farolazos" de auténtico mezcal de maguey, sí, señor, no de "pura química" como dice un borrachín de por ahí del Empalme de Matamoros.

Fue entonces cuando por primera vez comprobé que yo no era solo en el mundo para jugar al ajedrez, porque casi todos me ganaban, extranjeros y del país, desquitándose de las palizas recibidas con las que le adjudicaba a otro extranjero, ruso o polaco, o lo que fuera: Benjamín Ostrowiac, o como ello se escriba.

Tenía Miguelito por ayudante a Vicentito, casi un principiante como ajedrecista. Un día llegué a la peluquería y encontré a Vicentito enfrascado en una partida contra uno de los pistoleros de aquella época; un hombrón de un metro con noventa centímetros y ciento veinte kilos de peso, con cuello de toro sin ser alemán, cabellos que se adivinaban parados, porque el hombre no se quitaba el sombrero ni para que le cortaran el pelo; mirada torva, cara patibularia y fantástica 45 al costado, con más de cuatro cargadores.

Varios parroquianos y jugadores contemplaban el desarrollo del juego con interés. Al llegar, le pregunté:—¿Cómo te tratan, Vicentito?, a lo que él contestó frotándose las manos con ese ademán de contento que ha dado en llamarse mefistofélico:—¡Ya gané uno y éste lo tengo en la bolsa!

—¡Tenía y no!—rugió el matasiete desenfundando la pistola y poniéndola sobre la mesa, frente a su tembloroso adversario.

Vicentito perdió el color, el habla y la respiración y cuando al fin recuperó el uso de la palabra, explicó tartamudeando:

—El se... se... ñor tie... tiene ra... razón; su su juego no está per... perdido porque si yo le... le co... como el rey, él me co... come la rei... reina con aquel ca... caballo protegi... gido con su al... alfil de cua... cuadros ne... negros.

Pura espantada mentira. Ni él se podía comer el rey, ni sobre el tablero había ya Dama alguna ni atacada ni sin atacar. Lo cierto es que Vicentito veía el pavoroso cañón de la pistola apuntando a su flaco pecho y se imaginaba que todo el poderío enemigo, casi reducido a cero, se venía encima de sus pobres piezas. La verdad fue que teniendo Vicentito ganada la partida, la perdió en las tres jugadas siguientes.

Pero no solo en la peluquería de Miguelito jugábamos, no, señor. También alguna vez lo hicimos en la casa del Mayor Adalberto Ramírez por Pino Suárez, precisamente donde moría esta calle en 5 de Mayo, a donde no solo íbamos a jugar al ajedrez, sino también a admirar a una sobrina del Mayor, que era capaz de darle Caballo de partido a la María Félix de los mejores tiempos y, si tantito nos apuran podemos asegurar que también podía darle, por añadidura peón y salida. Por Cuauhtémoc, más o menos con Ruperto o Espinosa, visitábamos algunas veces, en plan de juego, a nuestro entonces compañero de profesión, la que por cierto honró durante su corta actuación, Ricardo Cantú Leal, por aquellos días buen maestro y buen ajedrecista y hoy destacado industrial. Ignoramos si todavía será buen ajedrecista o si su chispa creadora la pasó a los acumuladores que fabrica y que según nos asegura, son "el alma de su automóvil".

Por Matamoros, casi en el cruzamiento con Escobedo, estaba el consultorio de otro gran aficionado, el Dr. Juan H. Rhi, con su kilométrica boquilla que ponía el cigarrillo a medio metro de su boca, pero a escasos centímetros de las narices del contrario, que nunca las tenía todas consigo, tanto por la amenaza del doctor que no era ninguna perita en dulce como ajedrecista, cuanto por la más próxima brasa del cigarrillo.

No era menos aficionado y terco jugador don Julián Rodríguez, que por aquellos felices días tenía una fábrica de tinas y baños por Washington, frente a la barda del Colegio Civil. Por cierto que fue ahí donde nació el antiguo CENTRO AJEDRECISTA MONTERREY, contándome entre los fundadores, aunque como socio foráneo. Entre los fundadores puedo recordar a don Julián, a Ezequiel Salazar, don Trini Martínez, al Mayor Ramírez, al capitán Reyna Martínez, al Profr. Alberto Jáuregui, al Dr. Mario Martínez, a don Jesús Govea y a mi inolvidable amigo Salvador Mátar.

Como una anécdota, puedo contar que Mátar y yo, por aquellos años, solíamos profanar la Plaza de Zaragoza e ignorar ignominiosamente a las damitas que por ahí paseaban los domingos enfrascándonos en largas partidas "a la ciega" mientras maquinalmente dábamos la vuelta y adornábamos nuestros jaques con música de Bach, de Chopín, o de algún Mozart con sangre totonaca en las mexicanas venas.

Hasta un Torneo Cuadrangular jugamos una vez en la casa de mi siempre recordado y gran amigo Manuel Avila Rincón, ignorado pero muy fuerte ajedrecista. El premio que nos disputamos Manuel, don Jesús Govea, el Dr. Mario Martínez y yo, fue un libro de Lasker que me tocó en suerte ganar y que regalé años más tarde, ya perdida la afición por el ajedrez, a mi buen amigo el Dr. César Decanini, q.e.p.d.

Pero, como ajedrecista, no me era posible ignorar al que siempre ha sido un emporio del ajedrez en Nuevo León, el Círculo Mercantil Mutualista, que estaba por la calle de Matamoros entre Galeana y Carranza, entonces Puebla.

¡Ahí sí que se jugaba al ajedrez, en cantidad y calidad! Qué partidas más interesantes jugué contra muchos ajedrecistas circuleros: Jobito Elizondo, los señores Morales, Gajá y Levy; don Ovidio Elizondo, cuando faltaba o se tardaba su acérrimo contrincante, don Alberto Curiel. Creo que algunas partidas contra don Ovidio las perdí porque ponía menos atención al juego que al dedo índice izquierdo del señor Elizondo que constantemente jugueteaba con un ricito de su sien del mismo lado. (Son puras mentiras; si don Ovidio me ganaba, era porque tenía con qué ganarme sin que valga el pretexto del índice izquierdo).

Curioso; pero en el Círculo nunca jugué contra el más poderoso ajedrecista circulero de aquellos años: Nabor Alanís, con quien muchos años más tarde me enfrenté en Cd. Anáhuac, ganándome las dos partidas que jugamos, sin que valga la excusa de que esto sucedió en 1945 aproximadamente, cuando hacía 12 años que yo había abandonado el ajedrez. Creo que Nabor debió ganarme siempre.

Pero debo anotar en mi haber dos valiosos triunfos: sobre Cesáreo Naranjo el día 1o. del año de 1932, y la revancha en Camarón. En nuestro primer encuentro, le gané cuatro, perdí dos y una tablas. Cesáreo y yo siempre jugamos a ganar. Quince días después fue por la revancha a Camarón y se retiró del "match" al perder las primeras dos partidas consecutivamente. Años más tarde entiendo que fue Campeón del Distrito Federal.

Mi otro triunfo meritorio fue sobre Raúl Woo a quien también me impuse en dos "matches" con varios días entre uno y otro (yo venía desde Camarón), ambos a siete partidas, en el histórico feudo ajedrecístico de Celestino Villarreal, el Hotel Bridges. Por cierto que no mucho más tarde, Raúl se coronó Campeón de Nuevo León. Por esos días empezaban a descollar, por el Bridges, dos chiquillos que apuntaban muy alto: Juvencio Gutiérrez y José Domenech. Juvencio, ahora ingeniero, fue, si no me equivoco, Campeón del Estado. Sobre Domenech, nada he vuelto a saber.

En 1933, siendo Campeón de Camarón, me retiré del ajedrez. Cuando digo que fui campeón de Camarón, se pensará que ese campeonato valdría tanto como el de "Gatos Giieros", pero no es así: Ca-

marón era por aquella época un emporio económico y en la Comisión Nacional de Irrigación trabajaban muchos ingenieros y oficinistas procedentes de la capital del país, muy fuertes ajedrecistas, siendo mi más fuerte contrincante el Dr. Francisco Echeverría, que no trabajaba en la Comisión.

Si me retiré del ajedrez no fue por falta de afición, sino por necesidades de mi trabajo: Maestro Federal, que me llevó a los más apartados rincones rurales del Estado, en donde el ajedrez no pasaba de ser una ilusión óptica de cuadritos blancos y negros.

Hasta aquí lo escrito en 1958 con motivo del Torneo Nacional.

Retirado del ajedrez, perdí todo contacto con el juego y los jugadores. Consultando el archivo del químico Arturo Elizondo, he sabido de las actividades posteriores a mi retiro, de las que daré datos, los que he podido recabar, en lugar aparte.

Regresé al ajedrez, ya jubilado en mi profesión de maestro de escuela, 35 años después y, ¡espántese usted como me espanté yo... inscribiéndome en un Torneo de Clasificación en el Círculo, organizado por la Asociación de Nuevo León, en junio de 1968!

Mi actuación en ese torneo me sirvió para darme cuenta de varias cosas:

UNA: que en el ajedrez, como jugador activo, ya nada tengo que hacer, como no sea jugar sólo para pasar el rato.

DOS: que ahora hay muchos libros de ajedrez y que los jóvenes estudian para, como decía cierto amigo mío, jugar por nota. En mis tiempos privaba el empirismo.

TRES: que el ajedrez sigue siendo juego de clubes, ciento por ciento.

CUATRO: que falta espíritu deportivo a la mayor parte de nuestros jugadores, lo que hace que un torneo principie con 50 participan-

tes y en cuanto empiezan las derrotas, comienzan los "defaults" hasta terminar con 30 o menos contendientes.

CINCO: el elemento ejedrecista (humano), se encierra en su templo de Caissa, a piedra y lodo, y todo lo quiere resolver con sus propias escasas fuerzas que, además, trata de economizar.

Así que, viendo este panorama, he querido poner mi granito de arena al servicio del ajedrez, en pago al abandono en que lo tuve durante largos 35 años. (Ya le dije que iba a hablar de mí y ahora se aguanta como los buenos, ¡no faltaba más!), por lo que decidí:

UNO: ahora que estoy jubilado y no teniendo nada que hacer como jugador activo, dedicar algo de mi tiempo a la enseñanza y difusión del ajedrez. La enseñanza, para analfabetos o principiantes del juego.

En tal concepto, y gracias al apoyo recibido por la Dra. Aurora Moreno Duarte, que dirigió el Departamento de Extensión Universitaria hasta el 15 de enero de este año, he realizado tres Cursos de Ajedrez para universitarios. Propuse con anterioridad estos cursos para maestros; pero por cuestión de presupuesto o algo parecido, la Dirección General de Educación los declinó. Desde luego, quedó pendiente este proyecto y es posible que algún día se realice, conmigo o sin mí.

Además, con la valiosa ayuda de don Margarito Arizpe y mis hijos José Enrique y Luis Felipe, logramos la organización del Club "CARLOS TORRE", bajo los auspicios del PRI.

Auxiliado por miembros de mi club: Salvador R. Julián, José Enrique Chavarría, Francisco J. Robledo y otros, dirigimos el PRIMER TORNEO JUVENIL DEL PRI, en el que participaron 16 jovencitos que mañana serán fuertes aficionados.

Ayudé a organizar y dirigí el Torneo de la Amistad (Solidaridad) J. R. CAPABLANCA-CARLOS TORRE.

Para inaugurar el Torneo Juvenil, organizamos una Sesión de

Simultáneas con 31 tableros, a cargo del Ing. don ROBERTO TREVIÑO, cuya gentileza y buena voluntad agradecemos de todo corazón.

DOS: Ayudar a la juventud a perseverar por el camino de la superación ajedrecística, ya que tiene el deseo. Por eso me atreví a ofrecer los Cursos, haciendo acopio de valor y de . . . estudios elementales.

Por otra parte, hemos intentado organizar lo que provisionalmente llamaríamos ASOCIACION UNIVERSITARIA DE AJEDREZ, la que elaboraría su propio programa de actividades: Torneos interiores de Preparatorias y Facultades, torneos individuales para coronar cada año a un Campeón Universitario, 1a. y 2a. Fuerza, torneos por equipos, intercambio con Universidades o centros escolares superiores del país; intercambios con centros escolares próximos, del vecino país del Norte; creación de una Biblioteca ajedrecística, de un Salón Universitario de Ajedrez, etc.

Esto se hará, seguramente, con nosotros o sin nosotros. La idea está en pie.

TRES: hay que sacar el ajedrez de las cuatro paredes del club y proyectarlo hacia las grandes masas. Con motivo de la terminación del Primer Curso Trimestral, organicé un Torneo de Calificación que se desarrolló en diversas escuelas de la Universidad y en lugares públicos como la Plaza de la República, la de Hidalgo, la Alameda, causando el consiguiente impacto. Ahí me di cuenta de que en Monterrey hay muchos ajedrecistas ignorados, dispersos. Frente al tablero mural, se paraban a resolver el problema en él propuesto, decenas de aficionados.

Debo agradecer muchísimo a los periódicos locales la ayuda que de ellos recibí con la difusión que del evento hicieron en sus diarios.

Igualmente, al Canal 3 que nos televisó en la Alameda. Si pudiéramos contar con la ayuda decidida de nuestros medios de información, pienso que el ajedrez se popularizaría rápidamente. Nuestra consigna: sacar el ajedrez del club y llevarlo al pueblo con sesiones de simultáneas, desarrollo de torneos populares y programando algunas "rondas" en lugares públicos, en el desarrollo de torneos interiores de clubes u organizaciones oficiales ajedrecísticas.

Las Federaciones deben realizar una fuerte campaña de convencimiento para que los clubes que funcionan en el país, se unan a sus Asociaciones respectivas y las vitalicen y, en lo que respecta a los cuerpos directivos, que sean formados por aficionados verdaderamente entusiastas, que le tengan cariño al ajedrez y pugnen por encauzarlo hacia metas de superación. En el país hay muchos aficionados que responden a este ideal, capaces, honestos, inspirados por su amor al juego ciencia; conectados, además, con todos los movimientos ajedrecísticos.

CUARTO: si falta el espíritu deportivo a nuestros ajedrecistas, hay que despertarlo. Quien se amilana a las primeras de cambio, no tiene nada que hacer en un torneo. Si pierde siempre porque sus contricantes son mejores, convenga en que no estimó justamente su fuerza y la contraria; pero debe persistir, porque así aprende. Si pierde porque no se esfuerza lo suficiente, que saque fuerzas de flaqueza y los fracasos no serán siempre el resultado de su participación.

CINCO: Convergamos en que un alto porcentaje de ajedrecistas no somos personas de alta capacidad económica y no insistamos en querer resolver solos nuestros problemas. Interesemos al medio oficial para que ayude. Es posible que el señor Gobernador del Estado, o el Presidente Municipal, o el Diputado del Distrito, o el alto empleado de Educación o, veamos más alto: el señor Presidente de la República sea un aficionado al ajedrez, o un impulsor de toda manifestación cultural (y el ajedrez lo es en grado sumo), entonces, lleguemos hasta ellos, aprovechemos su afición o su deseo de impulsar la cultura popular, y a la larga tendremos una fuerte corriente oficial colaborando en la difusión y mejoramiento del ajedrez. Ya es tiempo, de que México sea un fuerte participe en Torneos Internacionales, en Olimpiadas Mundiales, en las que hemos hecho siempre un papel muy desconsolador, en Campeonatos Mundiales Estudiantiles; tenemos decenas de miles de estudiantes que podrían representarnos dignamente, si los ayudamos.

¡Qué hermoso sería tener en cada capital de Estado, en cada ciudad importante, un verdadero Palacio del Ajedrez! Menos, siquiera un salón adecuado erigido por el esfuerzo de los ajedrecistas presentes y futuros, de los gobiernos de los Estados, de las Presidencias Mu-

nicipales, del pueblo todo, que seguramente cooperaría con gusto en una labor así de noble, dando a nuestros jóvenes, especialmente a ellos, lugares de sana reunión en donde pudieran codearse con lo mejor del medio ajedrecístico nacional y mundial; un lugar en el que podrían utilizar positivamente ese exceso de energías que a veces los lleva a realizar actos negativos.

Puede ser que sean sueños; pero cuesta muy poco soñar.

Y todos los sueños son realizables, si atendemos a las palabras que expresara con cierta frecuencia uno de nuestros más ilustres co-terráneos, don Alfonso Reyes, que solía decir: "Todos lo podemos hacer todo . . . entre todos".



EL MOVIMIENTO AJEDRECISTICO EN NUEVO LEON

El ajedrez, en Nuevo León, fuera de algunos lugares del Estado en los que desde tiempo inmemorial se viene jugando en pequeños clubes o en domicilios de aficionados, puede decirse que es el ajedrez de Monterrey, y, en nuestra ciudad, ha tenido épocas de gran actividad y otras de franco estancamiento.

La época a que nos referimos en "Andanzas de un Ajedrecista", no fue, ciertamente, una época que podríamos llamar de oro ni mucho menos. Fuera del Círculo Mercantil Mutualista, el ajedrez regiomontano podríamos decir que no pasó de un balbuceo; un intento de superación al crearse el CENTRO AJEDRECISTA MONTERREY, de corta, pero grata memoria.

Recurriendo a nuestros recuerdos, diremos que por esos años (1925 a 1932) fuimos visitados por el Campeón del Mundo, Dr. Alejandro Alekhine; por el excampeón, José Raúl Capablanca y algo más tarde por los maestros Carlos Torre y Reuben Fine. Todos ellos ofrecieron sesiones de simultáneas en las que nos dejaron la prueba irrefutable de su tremenda fuerza. El maestro Torre, en su primera visita, jugó simultáneas en el Círculo y en el primer Centro Ajedrecista Monterrey. En el mismo plan nos visitó muchos años después el maestro argentino Miguel Najdorf.

Coincidiendo la visita del maestro Fine con la presencia en Monterrey del maestro Carlos Torre, se efectuó entre ellos un match a dos partidas ganando la primera Fine y quedando tablas la segunda. Hemos de aclarar que para entonces, el maestro Torre hacía años que se había retirado de toda actividad ajedrecística de carácter internacional.